



Revista de Literatura Hispanoamericana

No. 60, Enero -Junio, 2010: 7 - 8

ISSN 0252-9017 ~ Dep. legal pp 197102ZU50

EDITORIAL

*De los conquistadores europeos en tierras americanas, no sólo recibimos sus costumbres, su religión, algunos de sus alimentos característicos, sino también su forma de organización espacial: **la ciudad**. Ese conglomerado de casas apretujadas y de sobrepoblación produce como consecuencia la despersonalización del colectivo: convivir juntos sin conocerse es impensable en la concepción del espacio de las sociedades amerindias, aún hoy. El colectivo de las comunidades americanas, antes de la intromisión europea, se caracterizó por definir una personalidad: todos compartían un mismo espacio porque a su vez compartían una misma visión del mundo, de la vida y de la muerte. Sin embargo, a pesar de ser herederos de esta forma de organización del espacio y de la convivencia, los pueblos latinoamericanos supieron adaptarla a la multiplicidad y variedad de sus culturas. Es así como la ciudad latinoamericana se convierte, más que en escenario de trasfondo, en espacio vital para los forcejeos y las alianzas de unos y otros. El sentido de otredad se revela pues como aquel con quien debo convivir sin ser parte de mi colectivo.*

Es así como en las ciudades latinoamericanas conviven, en permanente bifurcación y fusión, grupos letrados ("de ciencia") que basan su fe en la lógica y grupos de oralidad que creen en la magia; comunidades mestizas que se afirman en la exclusividad occidental de su cultura y comunidades amerindias que luchan para mantener viva la suya; nativos e inmigrantes, quienes a pesar de combinar sabiamente costumbres y comidas, aprendieron a mantener sus diferencias e identidades. ¿Cuál es el resultado de esta forma de convivencia? Una ciudad que se resiste a despersonalizarse. Las ciudades latinoamericanas, a pesar de su crecimiento y su sobrepoblación, gravitan en torno a historias que le dan sentido e identidad. ¿Cómo se logra la construcción de estas historias comunes a todos los grupos? Gracias a la aparición de un significado distinto de "lo otro". El otro no es asumido, en los pueblos latinoamericanos, como el ajeno/enemigo sino como el ajeno/complemen-

to. Por eso, y quien ha vivido en una ciudad latinoamericana lo sabe, no es de extrañar que un médico le pida a un vecino “iletrado” (de cultura oral) o indígena, un remedio casero (ramas, hojas, tallos) para la sanación de dolencias estomacales; o un profesional, sabiamente formado en cualquier universidad del mundo, recurra rápidamente, sin dudarlo, a algún remedio o ritual indígena para la curación de su hijo. En este contexto de exclusiones, los pueblos latinoamericanos, las ciudades latinoamericanas, han sabido sumar más allá de las restas propias de las diferencias.

Esta suma posible entre grupos diferentes encuentra en la literatura una de sus mejores expresiones y testimonio. Por eso, la *Revista de Literatura Hispanoamericana* contribuye, con este número, a la discusión y reflexión en torno a estas exclusiones-inclusiones que caracterizan a los pueblos de Latinoamérica. Agradecemos a todos los investigadores que participan en este número por su valioso aporte para comprender este fenómeno social desde lo estético-literario. Estos trabajos nos acercan a la diversidad que somos y a la unidad inmensa que hemos logrado cohesionar. Sin sospecharlo, y con la incredulidad de más de un escéptico, en Latinoamérica puede estar germinando la dinámica social necesaria para alcanzar algún día la paz; cuando eso ocurra, podremos decir que la cocción de Quetzalcóatl ha finalizado, y el mito precolombino que narra cómo este Dios trató de hervir los huesos de los sabios de la antigüedad para crear a la humanidad, habrá culminado su peregrinar por estas ciudades latinoamericanas.

Dr. Jesús David Medina Fuenmayor